



## CAPITULO XV

**Don Juan Nuñez de Lara se pasa á Aragon.—Entra en tierra de Castilla por Cuenca, y derrota las tropas del rey.—Don Sancho cae enfermo en Cuenca.—Recobra su salud, y reducido don Juan de Lara, pasa á la corte de Toledo.—Sospecha D. Juan un engaño, y quiere retirarse.—Bonifacio VIII muere en la prision.—Su elogio.—Bonifacio concierta la paz entre los aragoneses y franceses.—El infante D. Fadrique, que tenia el gobierno de Sicilia, Rugier de Lauria, Juan Prochita y Manfredo Lanza, van á Roma á hacer reverencia al Papa.—Se juntan en Palermo Cortes generales, y proclaman rey al infante D. Fadrique.**

Don Juan Nuñez de Lara, personaje de gran reputacion, poder y riquezas, comenzaba de nuevo á aficionarse al partido de Aragon, así por su poca constancia como por la intencion que le daban de restituírle la ciudad de Albarracin; cosa muy ordinaria, que los hombres hacen más caso de su interes, que de lo que es justo y loable. El rey D. Sancho, por tener entendido sería de grande importancia para todo su ida ó su quedada, hizo todo lo posible para sosegarle, hasta nombrarle por general de las fronteras de Aragon y hacerle otros regalos: no aprovechó nada todo esto, mayormente que en Búrgos, donde la corte estaba, un paje le dió ciertas cartas, en que le avisaban mirase por sí, que le tenían armada celada. Corrió la fama que fué así verdad: yo más creo fué mentira, como lo afirman autores de crédito; que aquellas cartas fueron echadizas por personas que les pesaba que un caballero tan valeroso hobiese vuelto á la gracia del rey, como hombres que tenían más cuenta con sus intentos particulares que con el bien comun.

Don Juan, que de su naturaleza era sospechoso, dió crédito á lo que las cartas decian, y á gran furia salió de la corte, y por el reino de Navarra se pasó á Aragon, sin que fuese parte para estorbarlo la diligencia que el rey puso

por medio de la reina, y con ir él mismo en pos dél hasta Valladolid. Sentía mucho su partida, por ver que le amenazaba una grave tempestad, si caballero tan poderoso y de tantos amigos se juntase con los demas foragidos. No era este recelo fuera de propósito, que luégo con mucha gente entró por las fronteras de Castilla hasta Cuenca y Alarcon, taló y robó toda la campaña, hizo todo el mal y daño que pudo. Acudieron las gentes del rey D. Sancho; pero en un encuentro las desbarató y les tomó muchas banderas, rindió y sujetó la villa de Moya, y con gran número de cautivos y ganados, dió la vuelta para Valencia, desde donde el rey de Aragon, D. Diego de Haro y D. Juan de Lara, con gente que tenia aprestada, todos juntos volvieron á entrar por la parte de Molina, Sigüenza, Berlanga y Almazan; sin hallar quien les fuese á la mano, destruyeron toda la tierra.

Aquejaba este daño mucho al rey D. Sancho; deseaba acudir con sus gentes desde Cuenca, do era venido para remediar los daños. Poco efecto hizo: unas cuartanas que muy fuera de sazón le tenían trabajado, le embarazaban y debilitaban, de suerte que no podian hacer cosa alguna, ni dar orden en lo que convenia, de que recibia más pesadumbre que de la misma enfermedad. Llegó á términos de estar desahu-

ciado de los médicos. La reina, que en Valladolid aquellos dias parió un hijo que se llamó don Pedro, áun no bien convalecida del parto, con el aviso se puso en camino para visitar al rey. Su venida dió al doliente mucho contento, y fué muy provechosa para el bien comun su llegada. Con su buena maña, redujo á don Juan de Lara, que ya estaba arrepentido de su liviandad, por salirle vana la esperanza de recobrar á Albarracin. Concertaron que doña Isabel, hija de doña Blanca y del hermano de la reina, doncella de muy excelentes partes, casase con el hijo de D. Juan de Lara, que tenia el mismo nombre que su padre. Era la dote el señorío de Molina, porque el padre de la novia no tenia hijo varon. Asentado esto, se celebraron las bodas en Cuenca con grande majestad y aparato.

Concluidas las fiestas, el rey y la reina se fueron para Toledo, y en su compañía D. Juan Nuñez de Lara. Aposentáronse en el monasterio de San Pablo, que era de la orden de Santo Domingo, fuera de los muros de la ciudad, á la ribera de Tajo. Un dia muy noche se entretenia en jugar á los dados con un judío muy rico. Vino al improviso un su criado, llamado Nuño Churuchao: avisóle se pusiese en cobro, porque tenían ordenado de matarle; que la noche pasada metieron muchas armas dentro de palacio. Dió él luégo crédito á este aviso: quisiera huir, pero no le fué posible por estar cerradas las puertas de la ciudad, y dentro las cabalgaduras y criados. Pasó la noche con este miedo y cuidado, que se le hizo muy larga. Al alba del dia, llamados sus criados y caballeros, les dijo el peligro en que se hallaba: ellos, sin embargo, le aconsejaron que no hiciese movimiento, que pues la noche se pasó sin muestra ninguna de tales asechanzas, que entendiase era mentira; porque, ¿á qué propósito dilatarlo, si tal pensáran? ¿Para qué esperar á que viniese el dia? ¿Por ventura para que fuese testigo de la traicion? ¿Qué más querian sus contrarios que velle ido de la corte, en que tenia tanto poder y mando, que á todos causaba envidia, y sus riquezas les hacian temblar? Que en la ciudad todo lo vian sosegado, que se acordase del engaño pasado; y finalmente, que aquel su

consejo sería para él saludable, ó si todavía fuese necesario huir el peligro, que era lo peor que se podia esperar, que esto sería la noche siguiente, que de dia al seguro no se atreverian á acometer tal hazaña. Con estas razones se mitigó su miedo. Avisado el rey de aquel recelo y sobresalto, sintió mucho que se pusiese duda en su fe y palabra. Cuidaba cómo le quitaria aquella sospecha: cuanto más el rey procuraba darle satisfaccion, él sospechaba que no debian engañarle los que le avisaron, y que aunque la verdad no se podia averiguar, que se la querian encubrir con artificio y maña.

En este tiempo se asentó de nuevo la confederacion con el rey de Granada, á tal que pechase el tributo que debia, conforme á los conciertos pasados. Fué necesario acudir á esto, porque andaba en balanzas, como es la costumbre de aquella gente ser poco constantes. Hernan Ponce de Leon, que era frontero de los moros, fué el principal medio para que estos reyes se conservasen en paz y amistad. De Toledo fueron los reyes primero á Búrgos, y de allí á Palencia, donde se hacia capítulo general de la orden de Santo Domingo. D. Juan de Lara no se podia sosegar con ningunos beneficios y buenas obras, y no se contentaba con maquinar él sólo revueltas, sino que atizaba y persuadia á los grandes de la corte que procurasen de intentar cosas nuevas; con esto andaban muchas voluntades torcidas y enajenadas del rey. Para remedio desto sacaron de la prision en que estaba á D. Juan, hermano del rey, que era muy bien quisto de grandes y pequeños. Hizo el juramento y pleito homenaje de ser fiel al rey y al principe D. Fernando su hijo, y besó la mano del niño como heredero del reino, conforme á la costumbre que se guarda en Castilla. Demas desto por su medio muchos mudaron parecer, y abrazaron los consejos más saludables. Por industria del rey, que fué á Santiago de Galicia, so color de devocion y visitar aquella santa casa, se redujo asimismo á mejor partido y á que dejase las armas D. Juan Alonso de Alburquerque, caballero principal, que en Galicia andaba alborotado á persuasion de D. Juan de Lara.

Estas cosas pasaban en Castilla el año de





mil y doscientos y noventa y uno, cuando al principio del mes de Febrero los cardenales que el sumo pontífice enviara á Francia por legados (como arriba dijimos), en Tarascon, pueblo de la Galia Narbonense, compusieron las diferencias que resultaban entre los reyes de Aragon y Francia. Estuvo presente Carlos, rey de Nápoles, y los dos reyes enviaron sus embajadores con amplios poderes para venir en el concierto. Las condiciones de la paz fueron éstas: el rey de Aragon envíe á Roma sus embajadores, y humildemente pida perdon de la contumacia é inobediencia pasada; peche en cada un año á la Iglesia romana treinta onzas de oro en razon de tributo y feudo, como su bisabuelo lo prometió; con una buena armada pase en favor de la Tierra Santa; á la vuelta aconseje á su madre y hermano, y procure partan mano de las cosas de Sicilia; por conclusion, publique un edicto riguroso, en que mande á todos los aragoneses soldados y caballeros salgan de aquella isla; Carlos de Valois renuncie el derecho que el papa le dió sobre el reino de Aragon: demas desto se añadió que el padre santo recibiria en su gracia al aragones y enviaria un prelado á quitar el entredicho que tenía puesto en todo aquel reino, al cual el rey de Aragon entregaria los rehenes que de parte del rey Carlos de Nápoles tenía en su poder.

Al concluir estos conciertos no se hallaron los embajadores de Sicilia, y esto por industria del rey de Aragon, con intento que no les desbaratasen todo, ca sabia-cierto no vendrian en aquellas condiciones, maña de que el rey don Jaime y toda Sicilia se agraviaron en gran manera. Quejábanse los hobiese engañado y desamparado quien más que todo los debiera favorecer; sin embargo, querian llevar adelante lo comenzado y poner las vidas y la sangre en la demanda ántes que volver al señorío de franceses; la resolucion fué tal y tan grande, que al fin salieron con su intento. Por esta causa la esperanza que tenían de recobrar á Sicilia salió vana á los franceses, y áun la ida del rey de Aragon á la Tierra Santa no se efectuó, á causa que á la misma sazón vino nueva que Elpis, emperador de Egipto, y su hijo Melesai-

te, con un cerco muy apretado que pusieron sobre Ptolemaide, ciudad que sólo quedaba allí en poder de cristianos, la combatieron de suerte que la entraron por fuerza, y todos los moradores y soldados pasaron á cuchillo; los edificios al tanto los abatieron por tierra hasta no dejar rastro ni señal alguna de ciudad. Este fué el remate de la guerra sagrada y de aquella empresa de la Tierra Santa. Tal fué la voluntad de Dios. La pereza y poquedad de los fieles vergonzosa acarreó esta mengua y daño.

Viéronse segunda vez los reyes, el de Aragon y el de Nápoles, en Junquera; tornaron á tratar de la paz, á que el uno y el otro mucho se inclinaban por estar cansados de los trabajos pasados, y temerosos de lo porvenir. Por esta causa, luégo que se despidió esta junta, el rey Carlos casó su hija mayor, llamada Clemencia, con Carlos de Valois, y por dote el condado de Anjou y el estado de Maine; con tal condicion empero, que partiese mano de la pretension de Aragon. Estaba al tanto muy resuelto el rey de Aragon en cumplir todo lo puesto y concertado, cuando la muerte, muy fuera de lo que pensaba, le atajó los pasos, que le sobrevino en Barcelona en sazón que se apresentaba para hacer traer á doña Leonor su esposa, y todo andaba lleno de fiestas y contento. Falleció en la flor de su juventud en edad de veintisiete años, á diez y ocho dias del mes de Junio. Si tuviera más larga vida fuera muy señalado príncipe, conforme á las grandes muestras que daba de valor y de virtud. Ante todas cosas merece ser alabado por mostrar como mostró la paz al mundo, bien que no se la pudo dar. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad, y en el hábito de la misma orden; las exequias y honras, como era razon, con grande aparato y muy solemnes.

Con el aviso de la muerte del rey de Aragon, porque no dejaba hijos, su hermano don Jaime luégo desde Sicilia acudió y vino á Aragon á tomar posesion de aquel reino que le pertenecia, así por el derecho de parentesco, como por el testamento de su hermano, ca le nombró por su sucesor. Así sin contradiccion en Zaragoza, á veinticuatro dias del mes de Setiembre,



fué ungido y coronado en la iglesia de San Salvador con las ceremonias acostumbradas. Tocante al testamento de su hermano en que dejaba por heredero del reino de Sicilia á D. Fadrique su hermano menor, no quiso pasar por esta cláusula, ni consentir que saliese de su poder el reino que los sicilianos le dieron con mucha voluntad y á instancia de su mismo padre. Pretendian á la misma sazón su amistad don Alonso de la Cerda que presente se halló, y el rey D. Sancho por sus embajadores, ambos con muchas véras. En esta competencia pareció inclinarse más el aragones á la parte de D. Sancho, y aficionarse más á la fortuna que á la justicia de las partes, sin memoria de la voluntad que su padre y hermano mostraron en aquel caso. Á la verdad las fuerzas de los Cerdas, que con presteza y calor por ventura prevalecieron, con la tardanza estaban flacas: las del bando contrario de cada dia se acrecentaban más y prevalecian, mayormente despues que D. Juan Nuñez de Lara, por industria de la reina, como ya se dijo, trocó parecer y partido; tanto más que en aquel mismo tiempo el rey D. Sancho, puesta su alianza y amistad con Portugal, concertó á D. Fernando, su hijo mayor y heredero de sus estados, con doña Constanza, hija del portugues. Para seguridad de que se efectuaría el casamiento, entregó algunos castillos y villas de Castilla para que hasta tanto que se celebrase, estuviesen como en tercería.

Asentaron, pues, los reyes de Aragon y Castilla su amistad por medio de sus embajadores; y para que fuese más firme, acordaron de verse en Montagudo, villa á propósito para esta habla, por estar á la raya de los dos reinos. Allí á veintinueve de Noviembre se concertaron los reyes de tal guisa que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos; y que en ninguno de los dos reinos se diese acogida, favor ni ayuda á los foragidos del otro, ántes los entregasen á su señor. Demas desto, porque á la sazón el rey de Marruecos, sin embargo de las treguas tenía cercada á Beja, pueblo que algunos tienen que Ptolomeo y Tito Livio llaman Biguerra en la comarca de los bastetanos, en particular se acordó que para ayuda de aquella guerra, si fuese necesario, acudiese el aragones con vein-

te galeras. Para que todo fuese más firme concertaron que doña Isabel, hija del de Castilla, si bien no pasaba de nueve años, casase con el de Aragon. Los desposorios se celebraron en Soria á primero de Diciembre, y la niña fué entregada en poder de su esposo con esperanza de alcanzar dispensacion sobre el parentesco de los novios: la priesa que los reyes tenían, no sufría más dilacion.

Celebrados los desposorios, los reyes pasaron á Calatayud; allí se hicieron grandes regocijos, fiestas y convites. Hobo justas y torneos, en que Rugier Lauria, que en compañía del rey de Aragon era venido desde Sicilia, se señaló entre todos, y se aventajó por la gran destreza que tenía en las armas. Los grandes de Aragon desde los años pasados andaban alborotados, así entre sí como contra los reyes, en tanto grado que pretendieron reformar los gastos de la casa real en tiempo del rey don Alonso, y porfiaban en hacer mudar las leyes y magistrados, y dar una nueva traza en el gobierno. Todas estas porfías eran demasiadas, como sea verdad que así la libertad como el señorío y mando tienen su tasa y medida, no ménos que las demas cosas del mundo. Estos caballeros, por medio del rey D. Sancho se reconciliaron y alcanzaron perdon de lo pasado. Los reyes se despidieron á la salida del año, cuando el rey bárbaro, alzado el cerco que tenía puesto, dió la vuelta para África por recelo de una grande armada, que Benito Zacarias aprestaba en la costa de Galicia, demas que la villa por su fortaleza y por el valor de los nuestros hacia grande resistencia.

Con tantas cosas como en un tiempo se acabaron, tornó la paz á España despues de tan largo tiempo, y quedaron apaciguados los enemigos domésticos y extraños. Sólo D. Juan de Lara no sabia sosegar, y parece que maquinaba novedades: ni se fiaba del rey, ni del todo dejaba las armas; por lo cual la guerra se volvió contra él, y por fuerza le quitaron á Moya y Cañete, pueblos de que el rey le hizo merced cuando se tornó de Aragon, y se concertó el casamiento de su hijo. D. Juan, desconfiado de sus fuerzas, y por no quedar en España á quien acudir á causa de los conciertos pasados, se fué





desterrado á Francia. En su seguimiento partió luego D. Gonzalo, arzobispo de Toledo, enviado por el embajador del rey D. Sancho para aplacar aquel rey, y prevenille que por medio de D. Juan y por sus siniestras informaciones, no diese lugar á que se enturbiase la amistad antigua; en particular llevaba orden de dar razon de la concordia que se asentara con los aragoneses: que dijese fué pura necesidad para sosegar á los suyos y excusar las guerras civiles que de nuevo amenazaban. Respondió á esto el frances que no recibia desgusto, antes que su hermano Carlos renunciaria de voluntad el derecho que tenia al reino de Aragon, á tal que por su medio el aragones restituyese la isla de Sicilia á la Iglesia Romana.

Entre tanto que esto pasaba, al principio del año de mil doscientos noventa y dos, el almirante de Castilla, Benito Zacarias, peleó en la costa de África con veinte galeras de moros; desbaratólas y tomó las trece. Esta pérdida desbarató el propósito que el de Marruecos tenia de pasar de nuevo en España con grandes gentes que para este efecto tenia juntas en Tánger. Convidó asimismo al rey D. Sancho esta victoria para que se pusiese con su gente sobre Tarifa, que despues de un largo cerco ganó á veintinueve de Setiembre. El rey de Portugal, dado que sobre ello le hicieron instancia, no envió algun socorro para aquella empresa por razones que debió tener bastantes. La reina de Castilla á la sazón en Sevilla parió un hijo que se llamó D. Felipe. Tomada que fué Tarifa, primero quedó en ella por gobernador D. Rodrigo, maestre de Calatrava: despues Alonso Perez de Guzman se ofreció de defender aquella plaza con sólo que le diesen la tercera parte de lo que á otros se solia dar. Era rico de dinero, que tenia allegado, no sólo en España, sino en África en el tiempo que sirvió al rey de Marruecos en muchas guerras contra otros moros. Con el dinero compró muchos lugares en el Andalucía, y los incorporó en el estado que le dejó su padre en Sanlúcar de Barrameda. Hacia otrosí grandes limosnas, por donde le dieron sobrenombre de Bueno: título que mantienen los de su casa, más ilustre que los que otros principes toman con soberbia y arro-

gancia. Deste caballero descenden los duques de Medina-Sidonia, señores de los principales de España, así en renta como en vasallos y nobleza.

Tuvo D. Alonso un hijo llamado D. Juan, y un nieto del mismo nombre, que casó con doña Beatriz, hija bastarda del rey D. Enrique el II. Dióle en dote la villa de Niebla, con título de conde, por lo cual á su hijo y heredero en aquel estado llamó D. Enrique. Á éste sucedió don Juan, su hijo, el que por merced del rey don Enrique el IV, se intituló duque de Medina-Sidonia. Don Juan tuvo un hijo llamado D. Enrique, y un nieto que se llamó D. Juan, al cual el rey D. Fernando el Católico dió el marquesado de Casasa en recompensa del trabajo y diligencia que puso en la conquista de la ciudad de Melilla y castillo de Casasa en la costa de África. Á este D. Juan sucedieron dos hijos que dejó, uno en pos de otro, es á saber, D. Alonso, que no tuvo muy entero juicio, y despues dél don Juan, cuyo hijó mayor que tenia el mismo nombre, murió en vida de su padre: por esta razon, al dicho D. Juan en nuestros dias sucedió un nieto suyo por nombre D. Alonso, que hoy día vive y tiene aquel estado. Esto cuanto á los señores y duques de Medina-Sidonia. Volvamos con nuestro cuento á los reyes.

Con gran cuidado y diligencia procuraban á un mismo tiempo componer las diferencias entre Francia y Aragon, y concertar aquellos principes por una parte el papa Nicolao IV, y por otra el rey de Castilla D. Sancho. Envio el pontífice á Aragon sobre el caso á Bonifacio Calamandra, caballero de San Juan: la muerte atajó sus intentos, que fué á cuatro de Abril: grave daño; y el mayor, que por diferencias que resultaron entre los cardenales, estuvo aquella silla vaca más de dos años. Suplió la falta que el pontífice hizo, cuanto á las cosas de Aragon, la buena diligencia del rey D. Sancho, que movido por la buena respuesta que le dió el rey de Francia, envió á convidar al rey de Aragon que se llegase á Guadalupe, ca esperaba otorgaria con lo que le pidiese. Tratóse allí de las condiciones de la paz: no se concluyó por entonces cosa alguna, sólo acordaron que de nuevo se viesen. Señalaron para el habla la ciudad de Logroño.



Convidaron otrosí á Carlos, rey de Nápoles, para que se hallase en la junta y terciase. Al cual en esta sazón el aragones, conforme á lo que su hermano asentó, restituyó sus hijos que tenia en rehenes. No vino Carlos: la causa no se sabe; pero el año próximo siguiente mil doscientos noventa y tres, los reyes de Castilla y Aragon se juntaron en Logroño. En aquella junta nacieron entre ellos nuevas sospechas: este fué el fruto de la habla. El suegro trataba á su yerno muy ásperamente, y encaminaba como artero las cosas á su provecho y comodidad.

Desde aquel tiempo, el rey de Aragon comenzó á tener poca aficion á doña Isabel, su esposa, y poner los ojos en otro nuevo casamiento: era menester algun color; achacaba el deudo en que el papa aún no habia dispensado. Pasó el negocio á que por medio y á instancia de Calamandra se vino á ver con Carlos, rey de Nápoles, en Junquera. En esta junta trataron de sus haciendas y de emparentar, todo con mucho secreto, porque no se divulgase. El tiempo, que descubre las puridades, dió á entender que sus visitas se enderezaron sobre la restitucion de Sicilia, y sobre casarse de nuevo el rey de Aragon con Blanca, hija del rey Carlos. Esto fué en sazón que en Castilla el rey D. Sancho, por un su privilegio dado en Valladolid, que hoy está entre los papeles de la Iglesia de Toledo, otorga haya escuelas en Alcalá de Henares con las mismas prerogativas que en la universidad de Valladolid. Asimismo, por muerte de doña Isabel, mujer de don Juan de Lara el Mozo, el señorío de Molina recayó en poder de los reyes como deudos más cercanos. D. Juan de Lara el Mozo, ó por el sentimiento de la pérdida de aquel estado, ó por imitar la inconstancia y ejemplo de su padre, y juntamente con él el infante D. Juan, hermano del rey, habido su acuerdo de consumo, comenzaron á alborotarse. El rey, como sa-gaz, con intento de atajar la guerra que amenazaba, si aquellos desgustos pasaban adelante, procuró de ablandarlos y sosegarlos con tanto cuidado, que en breve tiempo se amansó aquella tempestad.

D. Juan de Lara y su padre, que por este tiempo volvió de Francia, se reconciliaron con

su rey y mostraron mudar propósito. El infante D. Juan, hermano del rey, en Portugal, do se retiró, junto con Juan Alonso de Albuquerque, hacian correrías por la campaña de Leon. Envio el rey á D. Juan de Lara, el Viejo, con gente para que los reprimiese; que con estos halagos y hacer dél confianza pretendia finalmente le fuese fiel, y que con la destreza de su ingenio y maña apaciguase aquellos movimientos. Sucedió al reves la traza, porque fué vencido en una refriega, y vino en poder de los enemigos. Desde allí, puesto que fué en libertad, se vino para el rey, que estaba en Toro muy regocijado porque le nació á la sazón una hija en aquella ciudad, que se llamó doña Beatriz. Corria nueva que el rey de Granada trataba de hacer guerra, y que el rey de Marruecos queria tornar á pasar en España; envió el rey á D. Juan de Lara con sus dos hijos, D. Juan y D. Nuño, á las fronteras del Andalucía. Todo este aparato se deshizo á causa que los reyes moros se estuvieron sosegados, y D. Juan de Lara, capitan de nuestra gente, murió en Córdoba en aquel mismo tiempo.

Sosegada esta tormenta, levantó de nuevo otra el infante D. Juan, hermano del rey, al cual, como quier que el rey de Portugal, por no dar muestra con tenelle en su tierra queria perturbar la paz, mandase salir de su reino, en una nave se pasó á Tánger. El rey de Marruecos, por pensar era á propósito su venida para por su medio hacer guerra á España, despues de recibille muy cortesmente y tratalle con grande honra y regalo, le envió con cinco mil jinetes á combatir á Tarifa. Pasó, pues, en España y combatió aquella plaza con grande porfia y con todos los ingenios que se puede pensar. Los de dentro, confiados en las buenas murallas y animados por su caudillo y cabeza Alonso Perez de Guzman, resistian con valor y ánimo. Aconteció que un solo hijo que este caballero tenia, vino á poder del infante y de los moros; sácanle á vista de los cercados; amenazan, si no se rinden, de degollalle. No se mudó el padre por aquel lastimoso espectáculo; antes decia, que cien hijos que tuviera, era justo aventurallos todos por no amancillar su honra con hecho tan feo como rendir la plaza que te-